

EPÍLOGO.

Un mes despues, las puertas del monasterio de Yuste se abrian para dar paso á un peregrino que corria á ocultar en el fondo de un claustro una frente pálida, unos ojos abrasados de lágrimas, un corazon destrozado por todos los horrores de las mas furiosas tempestades del alma.

Este peregrino era el duque de Arévalo que á pié descalzo, comiendo solo yerbas y raices, atravesó el largo camino que separaba Benavente del monasterio de Yuste, retiro tranquilo y sosegado de piadosos solitarios.

Allí, en oracion continua, en incesante rezo, de rodillas siempre sobre el desnudo pavimento, el noble caballero terminó ejemplarmente, entregado á ascéticas y severas prácticas de piedad y recojimiento, una vida borrascosa de la que hemos descrito el mas terrible y mas dramático episodio.

Martin, arrojado del castillo por disposicion del duque, murió aquel mismo año de mala muerte. Un dia que atravesaba un rio á caballo, este perdió el vado, y montura y ginete fueron arrastrados al mar por la corriente.

La anciana Marta recibió parte de los bienes que el de Arévalo regaló á los pobres, y acabó su vida junto á una capilla que fundó para guardar los restos de Leonor de Pimentel, de Elvira de Azevedo y de su hijo el paje Sancho Sanchez.

Tal fué el fin de los personajes de esta historia (1).

(1) Véanse las notas al fin del tomo.

IX.

LA VIRGEN DEL CÁNTARO.

Ya otra vez en esta obra, á propósito de los Carmelitas, hemos recurrido al escritor francés M. Luis Lurine que ha viajado y escrito mucho sobre España, y que en medio de los disparates que en sus obras se ha atrevido á estampar hablando de nuestra patria, no ha dejado sin embargo con su buen talento y su pluma pintoresca de consignar en sus páginas algunas de nuestras mas bellas y graciosas crónicas.

Ahora bien; ocurriósele á dicho escritor cierto dia, en 1846, escribir algo sobre el monasterio de Yuste, y con esa superficialidad que forma el fondo del caracter de sus compatriotas, puso mano á la pluma y, ligeramente provisto de datos, se echó buenamente á volar como el artista de Placencia, sin que como aquél supiera á donde podria llevarle su desordenado vuelo.

En efecto, su obrita está plagada de inexactitudes, de monstruosidades, en que no es por cierto la menor la de hacer de Yuste un monasterio de franciscanos. Sin embargo, como todo lo que sale de la pluma de Lurine, su escrito chispea de gracia y verbosidad, de galanura y brillo, y convida á gustar al lector de su ambrosía como, deslumbradora de belleza, invitaba la encantadora del bosque al guerrero de la cruz á beber el filtro que en la dorada copa le presentaba.

Todo esto conduce á decir que cualquiera que lea su historia de Yuste, se sorprenderá acaso como nosotros mismos al encontrar una leyenda, allí incrustada como una perla en una concha, una original leyenda con todo el sabor de una vieja crónica española y al mismo tiempo con toda la frescura de un lienzo de Murillo. El interés que hallamos en su lectura nos hizo re-

gistrar con afán muchos libros y hojear gruesos y empolvados pergaminos.

Era que temíamos que la historia de la *Virgen del cántaro*, como la llama Lurine, fuese solo un sueño de poeta y que no hubiese nunca existido mas que en la acalorada imaginación del novelista francés. Al cabo de muchos días transcurridos, como dice un sabio literato que nos honra con su amistad, entre el polvo honroso de las bibliotecas, dimos, precisamente cuando ya empezábamos á desesperar, con un volumen titulado: *Libro de cosas notables*, y como nuestro flaco ha sido siempre el de llamarnos poderosamente la atención toda cosa notable, abrimos con curiosidad unas páginas que no se contentaban con ofrecernos una, sino que nos prometían varias.

Eureka! como decía Arquímedes. Allí estaba, ó al menos allí creemos hallar, si un respetable número de coincidencias no mienten, la fuente donde había ido á beber el autor francés los curiosos detalles de su peregrina historia.

Entonces fué cuando nosotros, teniendo á la vista la obra antigua española y la de Lurine, compusimos la que nos pareció estar mas cerca de la verdad histórica y tener mas probabilidades de verosimilitud.

Á principios de este siglo, poco antes de la invasión francesa, veíase aun en el monasterio de Yuste y en la capilla llamada del *Emperador*, una estatua á la que poco se le faltaba para ser una obra maestra del arte y que representaba simplemente á una jóven llevando un cántaro en la cabeza. Esta estatua había sido dada al monasterio por un enamorado artista cuya historia vamos á contar y que murió bajo el sayal de penitente monje, y aun segun decia el vulgo, en olor de santidad.

Es tambien todo un drama de amores que Dios permitió se desenlazara en el estrecho recinto de una celda.

No lejos de Placencia, en la fértil llanura por la cual se desliza serpenteador el Jerte, y á orillas de este mismo, se alzaba en 1740 una casita blanca, de modesta apariencia, aislada, pequeña, pero tan esbelta y tan graciosa que hubiérase podido decir una ninfa saliendo de las aguas. En ella habitaba un jóven caballero de una de las primeras familias españolas, pero á quien su entusiasmo por las artes le hiciera abandonar un día su familia y su patria para ir al extranjero, de donde regresó hábil escultor y famoso artista.

La orgullosa familia de Felipe, que cifraba toda su gloria y mérito en sus raídos pergaminos y en la galería de retratos de sus ascendientes, se desde-

ñó de recibir en su seno al que había ido en busca de otro título, como si tuviera á menos el de sus padres, y cerró la puerta de su señorial morada al jóven, que no tuvo mas recurso que vivir de su arte, lo que, apresurémonos á decirlo, no era para él una gran desgracia.

He ahí porque vivía Felipe en aquella casita á orillas del Jerte y porque se pasaba enteros los días en su taller, por bajo cuyas ventanas se deslizaba rápida y murmuradora la corriente.

Una tarde que había salido á dar un paseo por la florida vega que desplegaba lujosa todos sus tesoros, Felipe al revolver de un grupo de árboles, oyó una voz fresca, suave y armoniosa que llegaba hasta su oído y que cantaba aquel sabido y siempre bello cantar que así comienza:

La niña morena
que yendo á la fuente
perdió sus zarcillos
gran pena merece.
Dírame mi amado
antes que se fuese,
zarcillos dorados
hoy hace tres meses.
Dos candados eran
para que no oyese
palabras de amores
que otros me dijese:
perdílos lavando,
qué dirá mi ausente
sino que son unas
todas las mujeres?

La voz fué acercándose por grados, y bien pronto una jóven hermosa y linda, con su pintoresco traje de aldeana y con un cántaro en la cabeza, apareció á la vista de Felipe.

Nunca había visto esta tanta gracia y belleza unidas á tan modesta apariencia. Era como dos flores que brotan de un mismo tallo.

Al ver la jóven á Felipe, lanzó un grito y su cántaro estuvo á punto de caer y hacerse pedazos.

Desde aquel momento cada tarde María al regresar de la fuente se encontró al jóven caballero. A los ocho días eran los mejores amigos del mundo.

Felipe esperaba á la jóven en una calle de olmos; acompañábala á la fuente; el cántaro llenándose gota á gota les permitía hablar por un largo ra-

to y en seguida, ella alegre y risueña, él triste y melancólico, volvian á emprender el camino hasta la calle de olmos que guiaba á la choza de María.

Felipe sintió calentarse poco á poco su alma al sol de esas pasiones imperiosas y dominadoras que, si llegan á ser combatidas, tantos estragos suelen causar en las constituciones meridionales. Con el mismo ardor y entusiasmo que habia abrazado su arte, olvidando con ello su rango y sus títulos, con el mismo se acojó bajo las alas de aquella esperanza de amor que amenazaba ser en adelante el móvil de su vida entera.

Por esto una mañana se salió de su casita y fué á la choza de María decidido á explicarse resueltamente con el padre de su amada.

Ahora bien, forzoso es saber qué el padre de María era uno de esos españoles mas orgullosos con su miseria que un grande de España con sus castillos. Habia sido por largo tiempo contrabandista en las serranías y pintorescas comarcas de Andalucía, y habia conservado algo de su vida aventurera. Se llamaba Jimenez. Era duro como una roca, insensible como un hierro frio.

Para Jimenez Felipe era un señorito en toda la estension de la palabra. Le negó la mano de su hija.

— Joven, — le dijo, — continuad siendo lo que sois por la gracia de Dios: un caballero. En cuanto á mi hija será siempre lo que es y lo que fué su madre; una campesina.

Felipe quiso replicar.

— Buenos dias, señor Felipe! — le dijo el anciano y le cerró la puerta.

El joven tuvo que retirarse con la cabeza baja, y cuando aquella tarde vió á María en el camino de la fuente, su conversacion fué tan triste, tan triste, que los ojos de la hermosa estaban llenos de lágrimas al separarse de su amante.

Jóvenes queridos! La fatalidad se empeñaba en perseguirles y nadie sin embargo mas digno que ellos de ver sonreír la dicha. En efecto, qué querian, qué ambicionaban solo? Nada, menos que nada. Un techo bajo el que vivir unidos y formar dos cuerpos con un alma, una vega por la cual correr y cantar, un sitio donde poder adorarse toda la vida.

Una tarde dijo Felipe á María:

— Quisiera pedirte un favor, el primero que te pido. Nunca has pisado el umbral de mi casita y desearia que vieses mi Virgen... ya sabes! la Virgen que para el pórtico de la catedral de Placencia me ha sido encargada. Noche y dia he trabajado en ella, nadie la ha visto... Oh! me parece que es muy hermosa y quisiera que la vieses pues entonces me pareceria mucho mas bella.

— Es ya muy tarde, Felipe. Mi padre ayer empezó sin duda á sospechar porque me dijo: Cada dia te vas entreteniendo mas en la fuente. En vano le contesté yo que el agua caía gota á gota y que muy poco á poco se llenaba el cántaro. Frunció las cejas y me arrojó una mirada terrible. Si él llegase á saber jamás que te veía, que habia estado en tu casa, tú ya conoces á mi padre, me mataria!

Felipe inclinó la cabeza.

— Mañana se llevarán mi estatua sin que la hayas visto... ven, María, es un momento. Daria la mitad de mi vida para que la vieses!

La joven vaciló.

— Mi Virgen! — continuó Felipe. — Ay! la quiero tanto... Me ha salido tan bien! Es la realizacion de mis esperanzas de artista, fundo en ella mi gloria, mi porvenir, quizá tambien mi inmortalidad. Me hubiera puesto tan contento tu aprobacion!

— Vamos á tu casa, Felipe, — contestó María.

Ya hemos dicho que el joven caballero vivia solo en una reducida casita cuyos muros lamian cariñosamente las aguas del Jerte. A ella llegaron los dos amantes cuando ya el sol habia apenas lanzado sus últimos reflejos, cuando ya esa suave y melancólica luz crepuscular empezaba á cubrir cielo y tierra con el manto de indefinible color que tanta poesía encierra.

Felipe acercó su estatua á la ventana que daba al rio para que recibiese toda la luz que en la estancia entraba, y recorrió el tupido velo que ocultaba á la Virgen.

La obra del genio era admirable. María cayó de rodillas, Felipe en pie cobijó con su mirada á aquella otra virgen tan pura, tan santa, tan angélica como la que del mármol habia brotado al creador cincel del artista; la luz crepuscular abrazó de un solo beso á aquellas tres inmóviles estatuas.

María oró, y la Virgen oyó la primera plegaria de los labios de una hermosa.

Felipe mantuvo descubierta su cabeza é inclinó su frente mientras duró la oracion.

De pronto se levanta precipitadamente María. Dios! qué rayo de luz! Las facciones de aquella Virgen de mármol se parecen á las suyas; aquellos párpados suavemente caidos como para despedir mejor una dulce mirada, aquella frente noble y serenamente despejada, aquella boca pequeña y entrecubierta como la corola de una flor, todo aquello es suyo, le pertenece.

Vuelve María sus ojos y tropieza con los de Felipe, con los de Felipe que

parece abrazarla toda entera en el rayo de su estática mirada. Despléganse sus labios para decirle..... qué es lo que podrá decirle?....

Un martillazo aplicado con fuerza á la puerta de la casita resuena como el golpe de una maza en el corazón de los dos amantes. A tal hora, quién puede ser?

Felipe se asoma á una ventana. Cielos! es Jimenez. María lanza un grito desgarrador cuando sabe que es su padre. Qué va á buscar allí? Les ha seguido? La habrá visto entrar?

— Salvadme, salvadme, Felipe; estoy perdida! — grita la joven cayendo de rodillas. — Mi padre me matará. Salvadme por piedad!

— Te salvaré.

Te salvaré, lo ha dicho Felipe, pero cómo? de qué modo? por donde podrá escapar María? No hay en la casa mas salida que una y esta es imposible. Por la otra parte, el rio cierra el paso.

Si María fuese un hombre, podría precipitarse en el rio y escapar á nado protegido por las sombras que empiezan á encapotar el horizonte..... Oh! que rayo de luz! Algo recibirá el rio en su seno, pero no será María, sino la estatua, sí, sí, la estatua!

Y el artista se dá una palmada en la frente y repite con arrebató:

— Te salvaré!

En un momento la obra maestra de escultura, el ídolo, la esperanza, la gloria del artista, cae hecha pedazos á los férreos golpes del martillo. De aquella Virgen hermosa y cándida solo quedan escombros que desaparecen á su vez porque uno tras otro son arrojados al rio por la mano misma del que en ellos cifraba su porvenir é inmortalidad.

Desocupado y vacío queda el ancho pedestal que sostenia á la Virgen. Felipe hace subir allí á María, le encarga el silencio, la inmovilidad, y la cubre con el tupido velo que sirviera antes para ocultar á la estatua.

La Virgen ha sido reemplazada por la muger. El artista ha destruido su obra pero el amante ha salvado á su amada.

Jimenez penetra en el taller á pasos lentos, registrándolo todo con su mirada fria y aguda.

— A qué debo el honor de vuestra visita? — preguntó él jóven á quien aquella especie de pesquisa inquietaba.

— La debeis, señor caballero, á lo siguiente, — contestó Jimenez con ese rudo acento de buena fé peculiar á los hombres del campo. — Yo soy claro y categórico en mis cosas. Sé que os veis cada tarde con mi María á la cual acom-

pañais á la fuente y con la que pelais la pava mientras que el cántaro se llena. Esto ya podreis conocer que me disgusta, porque en fin, yo acá en mis adentros, aunque no sea letrado como el señor cura, me hago un argumento y me digo: El señor caballero no puede querer á mi hija por solo quererla: ó quiere casarse con ella y esto no puede ser porque yo le he negado su mano, ó quiere robármela y seducirla.....

— Jimenez!

— Cabalito. Esto no tiene réplica. En su consecuencia, yo vengo á decir al señor caballero que si llega á suceder que el viejo Jimenez encuentre un dia á entrambos mano á mano, tiene su carabina de contrabandista para sepultar una bala en el corazón de la hija ingrata que olvida los consejos de su difunta madre.

Felipe se estremeció y también, á no estar vuelto de espaldas á ella, el antiguo contrabandista hubiera visto con asombro estremecerse una estatua de mármol colocada en un ángulo del taller.

— Con que, lo dicho, y servidor de vuesa mercé, señor Felipe, — dijo Jimenez saliendo del taller y de la casa.

No bien estuvo fuera, cuando María desde lo alto de su pedestal se dejó caer medio desfallecida en brazos de su amante.

Hubo un rato de sepulcral silencio. La jóven cobró fuerzas por fin.

— Oh! adios! adios y para siempre! — murmuró lanzándose fuera de su habitacion. — Ya lo has oido, me mataria!

Felipe la vió partir sin decir nada, sin fuerza para desplegar los labios. En seguida se puso á recorrer su taller á grandes pasos y permaneció toda la noche presa de una mortal agitacion. A la mañana siguiente tenia calentura, sus ojos estaban hundidos, sus mejillas pálidas, su frente abrasadora. Por la tarde fué al sitio donde esperaba siempre á María, pero esta no apareció. Viendo por fin avanzar la noche y que su amada no llegaba, empezó á correr por los campos, los ojos saltones, los cabellos erizados, dominado por la fiebre y llamando á voces á María. Ciego como iba en su carrera, tropezó con un árbol y, ensangrentada la frente, cayó en el suelo desmayado.

Allí le encontraron unos aldeanos y conociéndole le transportaron á su casa. Pasó toda la noche sin volver de su desmayo y cuando volvió.... cuando volvió estaba loco!

Advertida su familia del triste estado de Felipe, corrió en su busca y lo mandó llevar á Placencia y á la casa de sus antepasados. Es desgraciadamente lo que sucede siempre, y que por suceder así siempre, ha pasado ya á proverbio; poner remedio cuando se ha causado el daño.

Todos los recursos se emplearon para devolverle á la razón. Era la de Felipe una locura horrible y muda. Una palabra le hacia estremecer convulsivamente y la pronunciaba siempre: *La matará!* Un nombre le hacia sonreír dándole transportes de alegría y lo pronunciaba sin cesar: *María!*

Enterados los padres de Felipe de sus amores y de la causa que habia robado su juicio, fueron en busca de Jimenez, y, en nombre de la salud de su hijo, le pidieron á María para llevarla á su casa y ponerla al lado del enfermo, para asistirle, para hacer ella y conseguir acaso con el amor y su aspecto lo que no habian podido alcanzar la familia con sus cuidados y los médicos con su ciencia.

Jimenez era bueno en el fondo y, aunque rudo, tenia un noble corazón. Cedió ante aquellos padres que deponian su orgullo hereditario á los piés del humilde contrabandista, y María pasó á habitar la noble morada de Felipe, llegando á ser bien pronto la compañera inseparable, la amiga, el guía, el ángel de la guarda del pobre loco.

Felipe al cabo de un año transcurrido en estravagantes delirios que solo mitigaba la presencia de María, se calmó algun tanto y pareció acordarse de su antiguo arte que tanto habia querido, renació su pasión por la escultura, y pasaba dias enteros en una estancia que, cediendo á su gusto, habian transformado en taller. Cada mañana al entrar allí cerraba la puerta con escrupulosa precaucion y, pobre insensato! trabajaba sin objeto, sin idea, sin esperanza.

Tan singular aislamiento, tan inútil y tan incesante aplicacion despertaron la curiosidad de María, que resolvió sorprender al artista en el misterio de su trabajo íntimo y de sus desconocidas inspiraciones. Una mañana pues introdujose en el taller con la madre de Felipe y ocultáronse tras las colgaduras que vestian las paredes. No tardó Felipe en aparecer cerrando la puerta como siempre.

Fué el loco á sentarse cerca de una estatua á la que quitó lentamente el grosero tapiz con que la tenia cubierta, y púsose á contemplarla con una atencion que participaba del entusiasmo y del éxtasis. A riesgo de venderse con un paso, con un movimiento, con un gesto, los dos testigos invisibles se adelantaron de puntillas, miraron la misteriosa estatua que hasta entonces no pudieran ver, y sus ojos se llenaron de lágrimas al aspecto de aquella obra maestra que era un prodigio de gracia, de sentimiento y de poesía.

Representaba la estatua una jóven y como una gota de agua á otra se parecia esta joven á María. Nada habia descuidado el recuerdo del artista; ni la gracia incomparable de la aldeana, ni su candorosa belleza, ni el puro y vir-

ginal óvalo de su rostro, ni sus ojos de mirada lánguida, ni los menores detalles de su traje, ni el cántaro que llevaba en equilibrio sobre su cabeza la tarde de su primera entrevista.

Nada, nada se echaba menos. Hasta parecian los labios próximos á entreabrirse para despedir la bella trova de *la niña morena*.

María no se sintió con fuerzas para contenerse y acercándose á Felipe y tocándole en el hombro, le dijo llorando:

—Qué haceis con el cincel delante de esa estatua?

El artista volvió hácia la jóven un rostro en el que se pintaba la mas dulce melancolía.

—Trabajo,— contestó.

—Y qué estatua es esa?

—La Virgen del cántaro.

—Pero se parece mucho á vuestra María.... Cualquiera diria que es ella misma... aunque de mármol.

—De mármol! — repitió el joven con voz sombría. — Ah! vos creeis que esto es mármol?... Pues os engañais, tiene fuego en los ojos, tiene sangre en las venas.... Verdad es que ahora está inmóvil, pero aguardad, aguardad á que salga su padre, á que se vaya, y entonces la vereis saltar de su pedestal y caer medio muerta de terror en mis brazos.

Felipe se calló y se puso á mirar fijamente la estatua. Hubo algunos instantes de silencio interrumpidos solo por los sollozos que no podian comprimir la madre y la amada del artista.

—Ay! — exclamó este meneando tristemente la cabeza; — está inmóvil aun!... no quiere bajar!... no vive todavía!... Esperaré!... será preciso que la retoqué hasta que pueda darla vida.

Y acercando el cincel y el martillo al mármol púsose á trabajar con febril entusiasmo.

—Oh! pobre hijo mio! — exclamó entoncés la infeliz madre, — está perdido, perdido para siempre.

—Al contrario! — dijo entonces María en cuyos ojos vióse brotar un rayo, — al contrario! está salvado, como Dios me ayude. Venid, venid! yo le salvaré.

Y salió del taller llevándose consigo á la degraiciada madre.

Dos dias despues de esta escena, Felipe, á la hora de costumbre, entraba en su taller murmurando como cada dia:

— Hoy la acabaré decididamente, hoy la veré bajar de su pedestal.

Y cojiendo su cincel y su martillo adelantóse hácia la estatua, de la que iba á quitar el velo, cuando un sonoro martillazo resonó en la puerta de la estancia.

El jóven se detuvo estremeciéndose todo entero como si hubiese recibido un choque eléctrico.

Volvieron á llamar y entonces, maquinalmente, sin saber lo que se hacia, se adelantó y abrió la puerta.

Un hombre entró en el taller lentamente, mirando á todas partes con la astucia y mirada de una raposa.

Felipe dejó caer el cincel y el martillo. El hombre que acaba de entrar era Jimenez, el mismo Jimenez que como dos años hacia se adelantó hácia él y que, como dos años hacia tambien, le dijo:

— Señor caballero, sé que os veis con mi María todas las tardes, y esto, como podeis figuraros, me desagrada. Yo soy hombre que hablo muy claro. Si llega á suceder que os encuentre un dia á entrambos mano á mano, tengo una vieja carabina que jamás me ha fallado y en un decir amen planto una bala en el corazon de mi hija.

Felipe asombrado, respirando penosamente, pasando una mano convulsa por su rostro, dió un paso atrás, volvió sus extraviados ojos hácia la estatua, y.... y—poder de Dios!—la vió estremecerse tambien bajo su velo como estremecerse la habia visto en situacion parecida hacia dos años.

En cuanto á Jimenez como si no hubiese notado nada, continuó:

—Con que, ya estais advertido, y hasta mas ver, señor caballero!

Y dicho esto se dirijió á la puerta por la cual desapareció.

—Dios mio! Dios mio!—murmuró Felipe lanzándose hácia la estatua.

Pero en el instante en que llegaba á su pié, vió, nuevo Pigmalion, agitarse el velo que cubria á su vírgen.

—Oh! se ha movido!—esclamó Felipe.—Está terminada! terminada!

La estatua bajó de su pedestal.

—Ya baja!... ya anda!—continuó el insensato.

La estatua le miró sonriendo.

—Me ve! me sonrío! me conoce! gritó retorciéndose las manos el pobre loco.

La estatua le dijo en voz baja: —Felipe! Felipe!

—María! María!—esclamó el artista dando un grito supremo y cayendo de rodillas presa de un delirio tal que entonces fué verdaderamente cuando pareció volverse loco.

— Cuando esta agitacion hubo cedido un poco, Felipe se desmayó. Llegóse á creer por un instante que el pobre jóven iba á sucumbir á tanta emocion, á tanta locura, á tanta dicha; pero tres horas despues, al volver de su crisis, Felipe, tranquilo ya y sereno, reconoció á su madre y la besó en la frente, reconoció á Jimenez y le tendió su mano, reconoció á María y la estrechó, delirante de amor, contra su corazon.

Esta milagrosa cura hizo gran ruido en toda la provincia, y los devotos atribuyeron semejante milagro á la intervencion de la Vírgen de la Piedad que, segun decian, habia soplado sobre el mármol inmóvil del artista.

Este entonces regaló su estatua al monasterio de Yuste, pero no tardó muchos años en ir á reunirse con ella.

María, la mujer que tan adorada fuera, murió á poco de ser su esposa, y Felipe se retiró al célebre monasterio á llorarla. De esta manera tuvo el derecho de arrodillarse cada dia ante la estatua que le habia inspirado su sublime locura y que, por oírsele llamar á él, la llamaban tambien todos *la Vírgen del cántaro*.

X.

LOS GERÓNIMOS.

— SUSPENDAMOS por un momento y demos tregua á las narraciones dramáticas. Hora es ya de que, siguiendo el plan que nos hemos propuesto en esta obra, trazemos una reseña histórica de la órden á que pertenecian los moradores de Yuste, interesados como deben estar nuestros lectores en vernos mezclar la historia al drama, la poesia á la crónica, la sencillez de la verdadera leyenda al enlace fabuloso de la tradicional conseja.

No dejen de acompañarnos nuestros lectores en esta otra senda, que interés nuestro será hacérsela tan grata y deleitosa como nos lo permitan los hechos.